

Florencia Abbate: FELICES  
HASTA QUE AMANEZCA (2017)

## Flores en la tormenta

Nos conocimos en medio de una tormenta de nieve. Un anochecer de enero, apenas salí del aeropuerto Logan, me apresuré a llegar hasta el cordón de la vereda y estiré la mano, pero el taxi se detuvo junto a ella, que apareció de repente por atrás. Giré y me miró alevosamente de la cabeza a los pies. «*We can share it!*», me dijo risueña y desafiante, agitando en el aire sus dedos enfundados en unos guantes de cuero.

En el taxi no hablamos demasiado porque las ráfagas de viento lanzaban la tormenta contra el parabrisas como un millón de balas y el silbido del polvo de nieve que arrastraban formando remolinos era apabullante. Le conté que estaba en Boston para hacer una nota de turismo para un diario de Argentina. Ella me dijo que sabía un poco de español y le gustaba practicarlo. No supe su nombre hasta que se registró en el hotel. Se llamaba Victoria. Yo había planeado alojarme en el Liberty. Ella venía de Londres y su vuelo de Boston a Montreal había sido cancelado por el mal tiempo. Dijo que tal vez el Liberty sería buena opción para pasar la noche.

Ubicado en el corazón del señorial distrito Beacon Hill, el edificio del Liberty era de una sofisticación lujuriosa, pero en el siglo XIX había sido una prisión y desde el lobby se apreciaba claramente la estructura de las antiguas celdas. No lo había imaginado así cuando lo reservé, y me pareció un detalle de mal gusto. A Victoria que yo hubiese mencionado ese pasado decimonónico al parecer la inspiró, y comentó que en esa época la nieve llegaba hasta los aleros de los tejados y las personas quedaban atrapadas en sus casas y morían de hambre: «No las encontraban hasta la primavera», acotó con un aire morboso. Casi por vicio profesional, me quejé de un segundo detalle desagradable: el Liberty estaba pegado a un hospital y se oían las ambulancias que pasaban a cada rato. «Mucho mejor —dijo ella mientras completaba la ficha de registro—, Boston es demasiado quieta, un poco aburridosa.» En eso tenía razón; incluso con la inclemencia del clima, la ciudad parecía segura y confortable como un nido de pájaros.

Me di una ducha asimilando el encuentro. Era una chica de no más de veinticinco años, el pelo largo y de tono chocolate, nariz pequeña y respingada. A primera vista era solo una niña fría y perfecta, pero había en ella una vivacidad callejera, un apremio, algo un poco inquietante. Cuando bajé a cenar la vi en el lobby. Me esperaba. Se había puesto un vestido ajustado que le quedaba divino. Recuerdo la gracia con que entró al restaurante del hotel, y los mozos que se iban corriendo para abrirle paso como si fueran el mar Rojo. Me senté y abrí la carta de vinos. Victoria colgó su cartera, se acomodó en la silla y miró a su alrededor, feliz. «Todo es más guapo con tú», me dijo. «Contigo», le corregí y sonreí con desconcierto. De pronto sentí un calor en las

mejillas, el frío y el cansancio se me habían ido, como cuando alguien enciende una chimenea y el mundo adquiere de pronto una apariencia cálida e irreal.

Me contó que había nacido en Canadá, que vivía en Londres y trabajaba para una galería de arte. Dijo que estaba de vacaciones e iba a Montreal a visitar a sus padres. Dijo que había estudiado arte porque amaba pintar, pero se había dedicado al mercado. Después me hizo una serie de preguntas, y luego hubo como un acuerdo tácito en abandonar el tema de nuestras biografías. El vino se extendía calmo y tórrido por nuestros cuerpos y hablamos con mucho entusiasmo de cosas triviales. Nos entendíamos más que nada con los gestos, con las miradas.

Victoria conocía perfectamente Boston y me recomendó unas cuantas cosas para ver y mencionar en mi nota. Me habló de las orquídeas de la entrada del invernadero del Gardner Museum y de la colección, «única en el mundo», de flores de vidrio del Museo de Historia Natural de Harvard, impactantes por el nivel de detalle de varios de los modelos, y de las que ella aseguraba que «parecen recién recolectadas del campo», salvo por el hecho de que estas, creadas por unos artesanos checos, «no dependen de la lluvia ni de nada».

Ese rato de escucharla me bastó para imaginar que teníamos estilos parecidos: se notaba que le encantaba viajar, apreciar la belleza en rarezas, disfrutar buenos momentos y no estar atada a nadie. A mí me divertía darme cuenta de que yo le gustaba. Me daba placer observar su sonrisa a la luz de las velas y sus cejas que se arqueaban cada vez que me miraba y hacía girar la copa entre sus dedos. Comimos pescado; de postre

compartimos un mousse de chocolate y, cuando terminamos, se quedó unos instantes contemplando la copa vacía. Levantó la cabeza con una sonrisa expectante, alargando sus prolijas manos hacia el centro de la mesa, y yo le toqué por un instante la punta de los dedos y le dije: «¿Vamos?».

Apenas se cerraron las puertas del ascensor nos miramos y nos tentamos de risa. ¿Y ahora cómo seguía? Cuando bajamos, Victoria me recordó que mi habitación tenía vista al río y la de ella no. Me preguntó si podía entrar a ver y le dije que sí; pero antes quiso pasar por la suya porque se había comprado el nuevo disco de Kate Bush y la entusiasmaba traerlo para que lo escucháramos. Llegó de su cuarto con unas bebidas del frigobar y me pidió permiso para poner el disco en mi laptop. Cada movimiento suyo era preciso como el de un conductor que guía con seguridad su auto mirando el camino por el espejo retrovisor.

Sentada en un sillón, Victoria sonreía todo el tiempo, miraba el río Charles iluminado por los faroles a gas y me miraba a mí, balanceando la cabeza al ritmo de las canciones. Después de un rato me levanté de mi sillón para buscar en la valija, que estaba sobre la cama, un cartón de cigarrillos que había comprado en el Free Shop. Me preguntó si tenía alguna ropa más cómoda para prestarle. Estiré la mano y le pasé la camisa más larga que llevaba. Antes de que yo encendiera el cigarrillo, se quitó el vestido. La miré de la cabeza a los pies, de la misma forma que ella me había mirado a la salida del aeropuerto. «Me siento embarazada», dijo, y me reí, no solo por su equívoco uso del español, sino también porque me había sonado como una ironía en alguien que transmitía tanta seguridad.

Victoria avanzó hacia la cama con un gesto juguetón, corrió la valija y se sentó a mi lado. Nos besamos como si ya antes nos hubiéramos besado millones de veces. Casi había olvidado el calor que se sentía al abrazar otro cuerpo. ¿Cuánto tiempo hacía que no besaba a nadie de esa forma? Era extraño pensar en lo fáciles que podían ser las cosas... Escuchamos el disco completo entre mimos interminables, en unos de esos estados de placentera languidez en que la cabeza se apaga. Una de las últimas canciones que recuerdo es «How to be invisible». Victoria dijo que era una canción grandiosa, y yo le suurré que en español no se usa el adjetivo «grandioso» y agregué: «*I'm glad to be with you*». Tenía la mejilla apoyada sobre su ombligo y los ojos cerrados. Victoria cantaba: «*I found a book on how to be invisible / On the edge of the labyrinth / Under a veil you must never lift / Pages that you must never turn / In the labyrinth... Corridors that twist and turn / Corridors that blister and burn*». Cantaba y recorría mi cabeza con sus dedos, haciendo presión hasta llegar a la nuca. Yo me había relajado por completo. Me concentré en la suavidad y el perfume de su piel y me quedé dormida.

Me desperté entre las sábanas revueltas con una sensación divina. Estaba sola en la cama. Llamé a su habitación pero nadie contestó. Minutos después el conserje me confirmó lo que intuía: Victoria ya había hecho el *check out*. Como yo la veía parecida a mí, desapegada y poco sentimental, me pareció perfectamente coherente que no me hubiera dejado una de esas convencionales notas sobre la mesa de luz. Mientras desayunaba, leí en un diario que muchos vuelos seguían cancelados por la tormenta y tuve la absurda esperanza de que uno de ellos fuera el suyo, pero no volvió.

Durante el día reviví un montón de pequeños instantes. Recordaba con bastante exactitud detalles de su cuerpo, en especial un lunar irresistible en su cuello, y aceptaba su presencia en mi cabeza con una naturalidad agradecida, como se aprecia la belleza, solo por el hecho de existir. Siempre pensé que el deseo se quiere comer todo, pero lo bello es aquello que se desea sin querer comerlo. Tenía la serena impresión de que el azar de ese viaje me había entregado un regalo, cuidadosamente envuelto, con el mensaje de que lo guardara sin abrirlo.

La última noche, sin embargo, tomando en su honor un Bloody Mary en un pub del Barrio Italiano, sentí que había sido injustamente perezoso de mi parte haberme dormido sin llegar a tener sexo con ella. No era la primera vez que mi inconsciente me brindaba alguna forma inexplicable de zafarme de un abrazo demasiado dulce, demasiado agradablemente insistente. De todos modos, la inspiración que me dejaron la sonrisa y el perfume de Victoria me había acompañado por el resto de esos días y la nota que escribí sobre Boston fue tan encantadora como ella: cielos grises, casas de ladrillo cubiertas de hollín, magnolias asomando en la niebla.

Seis meses después aterricé en el Líbano para hacer otra nota de turismo. Ya no me acordaba de Victoria casi nunca. Se olvidan tan pronto unos besos... Cosas de la memoria, seguramente, que procede por su cuenta. A lo largo de toda esa semana viví como extasiada con la belleza de Beirut. Me encantaba el carácter cordial y festivo de los beirutíes, sus comidas, su vida nocturna y ese paisaje alpino que se mezcla con la humedad del Mediterráneo: mar y montañas, una combinación ideal.

El sexto y último día ya había mandado la nota, había contemplado un soberbio amanecer sobre la costa y me dirigía a tomar el vuelo de regreso. Estábamos cerca cuando oímos un estruendo. El taxi frenó bruscamente. Las ventanillas temblaron. Quedé ensordecida. A lo lejos, una gigantesca nube de humo gris oscuro ascendía en el cielo hasta adquirir una forma demencial. El aeropuerto había sido bombardeado. En minutos cortaron el paso con una cinta roja. No quedaba otra opción que volver al hotel.

Un trayecto que hubiera tomado unos veinte minutos demoró una hora y media. Nos encontramos con un caos de tránsito, calles bloqueadas, puentes partidos y hierros caídos como palitos chinos. Había colas interminables de coches esperando para cargar en las estaciones de servicio, preparados para un apocalíptico éxodo, entre olor a incendio y podredumbre. El taxista tuvo que desviarse hacia el interior de Haret Hreik, el barrio chiita. Yo quedé con los ojos inyectados de pavor después de haber visto cómo lo habían dejado: pilas de escombros de edificios desplomados por todas partes, muebles y utensilios domésticos achicharrados por el fuego, pedazos de misiles entre jirones de ropa y juguetes de bebé. Un inmenso agujero repleto de gente huyendo al sol.

Los habitantes habían huido. Solo unos pocos aún vagaban enloquecidos entre las ruinas en busca de sobrevivientes. El taxista suspiró ante un auto a cuyo conductor la esquirla de un misil le había arrancado parte de la cabeza. Su cráneo había reventado por las sienes dejando escapar los sesos: la cabeza colgaba hacia delante en el asiento como si aún estuviera mirando la sangre que manaba de su cuerpo al piso. «*Poor Le-*

*banon, again as in 1982*», me dijo el taxista como si ya nada pudiera sorprenderlo.

En la puerta del hospital había heridos que esperaban sentados en las escaleras. Nadie lloraba. Todos tenían la mirada perdida. Mujeres de negro, mujeres con niños en los brazos, inclinadas, como dormitando. Vi a una madre que cargaba el cuerpito de su hija rescatada bajo un colapso de cemento como un pollo al carbón; la piel se me erizó y el pecho se me llenó de angustia. Todo lo que miraba tenía una fina capa de ceniza. Así eran las postales de la última batalla israelí, en suelo libanés y contra una guerrilla chiita, Hezbolá, con sus pasadizos secretos repletos de armas, sus túneles al estilo vietnamita y su incomparable red de espías.

Nunca he tenido una especial debilidad por los niños, pero ver el cadáver de esa niña en brazos de su mamá me dejó destrozada; no podía sacarme la imagen de la cabeza. Mientras buscaba recuperarme del impacto, poco a poco íbamos dejando atrás el epicentro de la destrucción para volver a Corniche, con su paseo marítimo y su apariencia occidental, su McDonald's y sus imponentes rascacielos. Desde la ronda de circunvalación todavía se llegaban a ver edificios en llamas. El fósforo mantenía vivo el fuego y la brisa lo extendía. En los supermercados había largas colas de gente que intentaba hacer acopio de comida. Todo parecía distinto, envuelto en sombras. La impresión de tristeza causada por la devastación de una ciudad tan bella me caló muy hondo.

«*Are you concern for your safety?*», me dijo el idiota del conserje del hotel cuando me acerqué con un montón de preguntas. «*Obviously, idiot*», me daban

ganas de decirle. «*Don't worry, we'll take care of you*», agregó al ver mi cara. Me aseguró que podía estar tranquila porque en Corniche nada iba a pasar ya que no formaba parte de los blancos estratégicos, pero luego por las dudas me explicó pormenorizadamente siete formas diferentes de evacuar el edificio en caso de emergencia. Era lo más alarmante que podían decirle a una claustrofóbica como yo: quedar atrapada, no poder salir es la peor de mis pesadillas.

Subí a la habitación hecha un manojo de nervios y encendí el televisor. Intenté comunicarme con la compañía aérea pero fue imposible, así que decidí llamar a la embajada y a mi editor. El secretario del cónsul me dijo que ya tenían una lista preliminar de gente que había manifestado el deseo de irse, pero que los operativos estaban siendo organizados por otros países, de modo que los argentinos dependíamos de la disponibilidad que hubiese en esos planes de evacuación ajenos. Me confirmó que era imposible abandonar el Líbano por aire porque el aeropuerto internacional Rafic Hariri había quedado destruido. Las dos posibilidades que existían eran por vía terrestre hacia Siria o Turquía o por vía marítima hacia Chipre. Había que esperar y ver si podían sumarme a un grupo que saldría en micro hacia Estambul, en un operativo organizado por el gobierno de Brasil, o a un ferry del gobierno italiano hasta Lárnaca, o al convoy español que viajaría a Damasco.

En la pantalla, unos gobernadores del sur del Líbano gritaban sin parar; no entendía qué decían pero no quedaban dudas de que eran dramáticos pedidos de auxilio. Colgué para llamar al editor. Me atendió y lo primero que me dijo fue que la nota que le había

mandado no servía: «¿Quién va a querer ir ahora de paseo a Beirut?! Tranquila, aunque no la publique te la vamos a pagar». Mientras me hacía esos chistes idiotas, yo veía en el canal local imágenes de bebés decapitados, ancianos despedazados y mujeres sin piernas o brazos, todo en vivo. Antes de que le cortara, me dijo que me iba a pasar un teléfono de un amigo suyo que tal vez pudiera ayudarme, un corresponsal de guerra madrileño llamado Joaquín.

La noche se me hizo interminable. No pude dormir ni media hora seguida. Me levantaba a cada rato y me acercaba a la ventana al sentir las explosiones. El Líbano es un país que se puede atravesar en auto de norte a sur en dos horas. Y Haret Hreik quedaba ahí nomás. Era como estar mirando desde un edificio en Palermo las bombas cayendo sobre Boedo. No sabía con qué distraerme, así que prendí la luz y me puse a escribir una lista de cosas para hacer cuando volviera a Buenos Aires: «Dejar de fumar / Pedirle a Marcia el teléfono de su psicoanalista / Llamar a mi hermano para ver a mis sobrinos». Estaba histérica. Todas las cosas crueles y estúpidas que había hecho alguna vez volvían hacia mí magnificadas. Experimentaba una especie de crisis neurótica general, la angustia del miedo mezclada con nervios iracundos y una especie de aversión a mí misma elevada a la enésima potencia. Es desesperante escuchar desde tu cómodo cuarto cómo sale la bomba, el boom inicial, luego el silbido cuando pasa y el pishhhhh... cuando cae y destruye todo.

Al día siguiente me llegó el mensaje con el número de teléfono de Joaquín, el corresponsal de guerra. Afortunadamente me atendió y me invitó a ir al café donde estaba parando. Yo no quería ver más noticias

ni seguir encerrada en la habitación, sola, con las peores fantasías, así que fui de inmediato. Caminé un par de cuadras por la costanera Minet El Hosn intentando acordarme del nombre del lugar. ¿Cómo era que me había dicho? La palabra me volvió al ver el cartel: «Dardachat». Resultó ser un café bastante grande e intrincado. Entre el ruido habitual de las máquinas de espresso y las licuadoras se escuchaban rumores, conversaciones perturbadas, distintas formas de tensión atravesando el ambiente.

Recuerdo haber atravesado una sala donde había un equipo de televisión sueco encabezado por una rubia con un conjunto de alta costura, otra en donde oí a una pareja recriminarse mutuamente haber elegido Beirut como lugar de vacaciones, y un recodo donde una japonesa tarareaba, sabiamente abstraída, con unos auriculares en las orejas. En la mesa más cercana a ella identifiqué a Joaquín. Me había dicho que tenía una remera negra, vaqueros y una cámara apoyada en la silla de al lado.

Era un tipo huesudo, de más de un metro ochenta, mejillas huecas y un corte de pelo parecido al mío, rapado a los costados. Venía del sur y lucía cansado. Me preguntó en qué podía ayudarme. Yo le dije que estaba asustada; le pregunté directamente si había alguna chance de incluirme en el próximo operativo de evacuación español. Mi frase le causó sorpresa y gracia. «Por si no te has dado cuenta yo no soy diplomático», me respondió con su voz despreocupada y ronca, quemada de guerras y alcohol y tabaco y noches en vela.

Me contó que acababa de ser bombardeada la ruta a Damasco por donde intentaban huir los kuwaitíes, nativos del Golfo y otros expatriados, y por donde el go-

bierno español había planeado sacar a sus ciudadanos: «De Damasco iba a salir un avión hacia la base aérea de Torrejón de Ardoz. Ahora deberán reformular su estrategia. Pero no te alarmes tanto: si no eres pobre, no tienes que preocuparte de que te caiga un misil». Mientras mandaba mensajes comentó que le debía un par de favores a mi editor, pero también que le debía favores a todo el mundo y que todo el mundo le debía favores a él. Se llevó la tacita a la boca y agregó que lo que más le gustaba de Medio Oriente era tomar esos cafés con demasiada azúcar, en especial los de Gaza. Joaquín tenía una ironía muy propia de los corresponsales de guerra, que siempre me parecieron sospechosos porque gozan de la aventura de sus giras entre los desventurados de este mundo.

«Hoy hubo mucha actividad diplomática —dijo—, la mayor parte dedicada a asegurar la superioridad moral de Israel para seguir con su política de tierra arrasada.» Se reía. Y enseguida citó un proverbio árabe: «La tierra tiembla, pero no se cae». Desde ese momento comencé a sentirme asfixiada e inquieta porque me faltaba el aire y quería disimularlo. Joaquín me explicó que la estrategia militar a corto plazo era anular los transportes, las comunicaciones y las usinas eléctricas: «El plan es dejar todo aislado, sin combustible ni comida ni forma de escapar». Tosió y prometió tenerme al tanto si surgía alguna opción para mi evacuación: «Por lo pronto, lo que podemos esperar para esta noche es solo otra tormenta de fuego».

Esas palabras quedaron retumbando en mis oídos: tormenta de fuego, pensé con la mirada clavada en su remera negra, el negro del alquitrán espeso, el negro alveolado de las máscaras mortuorias, de la noche sin

luna del encierro, de los insectos que heredarán la tierra; solo un relámpago, un latigazo de fuego y después la negrura. Le di las gracias con un sonido ahogado y me paré sin haber terminado mi té. Estaba mareada, transpirada y confusa. Me parecía caer sin control, lejos de mí misma. Debía atravesar varias salas hasta llegar a la puerta del café y me pregunté si iba a poder lograrlo; había tantos cuadros y ventanas internas que el lugar parecía un laberinto, igual que la ciudad.

Al doblar a la izquierda me encontré con un patio cerrado. Lo estaba cruzando cuando oí una voz que me resultó familiar. Un no sé qué en esa voz me hizo dar vuelta y mirar con atención. Un joven árabe se estaba levantando de su mesa. Ella le alcanzó un bolso negro y se despidieron. Al cabo de un instante, las dos nos mirábamos mutuamente con atención. Sus ojos se cerraron y abrieron muy de prisa, como en presencia de alguien a quien no esperaban ver, y expresando ese no poder dar crédito a lo que veían. Yo confirmé que se había cambiado el color de pelo y el peinado, pero era Victoria. «*This is unbelievable*», le dije.

En un principio se mostró incapaz de dirigirme la palabra, cierta lucha pareció entablarse en ella; llegué a pensar que me iba a responder que la había confundido con alguien y sufrí esa breve espera como si fuese eterna. Hasta que al fin me saludó con una amabilidad discreta, que fue para mí una pequeña decepción, y pronunció mi nombre a su manera: «Lucreshia...». Yo sentía que todo giraba, tenía la sensación de la caída. Apoyé una mano sobre su mesa para aferrarme a alguna cosa firme. Algo en mi actitud la asustó, la puso en alerta. Oí crujir su silla, vino hacia mí y me tomó del brazo. Dijo que era mejor que saliéramos afuera para hablar

tranquilas. Me hizo dar media vuelta y caminó detrás de mí, guiándome, hasta que llegamos a la puerta.

Miró hacia un lado y otro de la calle. No se veía ni asomo de actividad o placeres humanos, tanto silencio estremecía. Una carcajada, un grito de cordialidad o de alegría hubiera parecido un crimen en medio de la tristeza de aquella cárcel de puertas afuera. Esa desolación me hacía valorar aún más el encuentro con Victoria. Estar con alguien conocido, con quien había compartido algún tipo de intimidad, me generaba una especie de expectativa de tregua, de sosiego. «¿Podemos nosotros caminar un poco? —preguntó como tratando de recordar el español—. Yo gustaré sentir el viento.»

El aspecto de Victoria había cambiado. No solo se había teñido, sino que además llevaba anteojos y un vestido negro insulso, pacato y convencional. Durante aquella perturbadora quietud que dominaba entre nuestros pasos sin eco yo oía mi pulso, rápido y leve. Nos detuvimos y miramos el mar, bajo un cielo anaranjado que parecía arder a fuego lento. Escuchamos un avión israelí que nos pasó por encima. Mis sentidos estaban demasiado receptivos después de no haber dormido; lo asimilaba todo: el silbido del avión, la falsa paz de las casas ruinosas a solo dos kilómetros, el pulso del mar palpitando en la niebla y el perfume de Victoria, sus manos firmes sujetando mi brazo y el desconcierto que le había provocado el reencuentro.

«*My heart is a shaking fist*», le digo, pero ella no me escucha, toda su atención está fija en los movimientos de un hombre que desde un auto ha mirado dos veces hacia nosotras. Saco un cigarrillo y raspo un fósforo en la cajita. El fósforo se apaga. Enciendo otro, mi mano tiembla. El fósforo se apaga de nuevo. Rezongo y saco

el tercero. Y entonces, no sé por qué, ese fósforo cobra para mí una importancia vital, tal vez porque Victoria, súbitamente arrancada de su indiferencia, me mira con una especie de compasión. Fue como si hubiesen desaparecido el tiempo y el espacio, e incluso ahora, al revivir ese instante extraño, esa dificultad en reconocerme a mí misma, siento todo el peso de la mirada de Victoria y del vacío alrededor.

«No quiero pasar otra noche sola», le confesé con la voz quebrada, sin distancia para hablar en un idioma que no fuera el mío. Era una súplica, acompañada por una mirada larga y desconsolada. «Calma», me dijo y en ese momento su voz me sonó como una caricia. «Calma», repitió y esta vez me miró con dureza. Pero luego noté que esbozaba una sonrisa furtiva y caprichosa, que yo ya conocía de antes, y la angustia pareció librarse de mi pecho como un pájaro salvaje.

Dos horas después, la destrucción se había convertido en un telón de fondo. Me había llevado a su hotel, el Royal, que según ella quedaba en un barrio absolutamente seguro. Tuvimos que cambiarnos a una habitación triple y decir que éramos primas, porque allí no se acepta que dos mujeres compartan una cama; el código penal castiga las relaciones entre personas del mismo sexo con un año de cárcel. Mientras me registraba, Victoria me contó que había viajado a Beirut para reunirse con un joven artista libanés, muy prometedor, a quien quería representar y exponer en la galería de Londres. Ya había confirmado que se iría el sábado en un operativo del gobierno canadiense, a Lárnaca. Me lo contaba como si no tuviese apuro; su actitud ante la guerra era excéntrica, un poco a la manera de ella: pálida y elegante como una flor de vidrio.

Luego vinieron las manos entrelazadas, los labios juntos, las risas, volver a besar el lunar en su cuello: sus labios articulando un oh celestial de sorpresa. En mi última aventura había pasado todo el tiempo preocupada por saber lo que la otra persona pensaba de mí, pero era imposible que ese tipo de dudas penetraran en el cuarto que compartí con Victoria. «Mírame —me dijo antes de acabar—, te gustará.» Primero me había dedicado yo a ella y después ella a mí. «*It makes me feel safe*», murmuré con los ojos entornados, desfallecida, alejando su cabeza para impedir que me tocara por más tiempo, y entonces nos abrazamos como si no nos fuéramos a separar nunca. El intercambio entre nuestros cuerpos había sido lento y compenetrado, de una intensidad exasperante.

La segunda parte de la noche se me aparece confusa porque estaba borracha. Todo empezó a precipitarse como ocurre a veces en los sueños. Mantuvimos una charla sinuosa y divertida, que el ruido de alguna explosión rompía de tanto en tanto. Nos acordamos de la tormenta de nieve, el taxi, las celdas del Liberty. Victoria había puesto música y llevaba la conversación con tanta simpatía que ni me daba cuenta de qué le decía. Durante ese rato se las arregló para sonsacarme todo lo que quería saber, y me descubrí disertando enardecida sobre una desconcertante variedad de temas, algunos bastante personales y expresados con una franqueza muy poco habitual en mí.

La mayor parte del tiempo estuvimos en la cama, pero cada vez que oíamos pasar a los cazabombarderos israelíes salíamos desnudas al balcón, con la botella de whisky, a mirarlos evolucionar en el cielo entre los misiles antiaéreos, mientras oíamos el último disco de

White Stripes, *Get Behind Me Satan*. Yo aprovechaba el aire libre para fumar y Victoria para enviar algún mensaje de texto a través de un sofisticado aparatito del tamaño de mi atado de cigarrillos, y cada tanto nos mirábamos las tetas y exclamábamos: «¡Vamos a ir presas!».

Victoria estaba en el baño y mis pies se desplazaban de un lado a otro por el cuarto. Sentía que ya no controlaba nada y pensé en esconder la botella de whisky. Abrí el ropero y me agaché para meterla en la parte de abajo. Había una caja negra, de plástico. La abrí. El contenido eran unas bolsas con un polvo blanco. Aturdida, sopesé una bolsa con la mano: no debía tener menos de quinientos gramos. Fantaseaba: ¿Victoria trafica? «*What is this?!*», pregunté y miré hacia el baño. Victoria sacudía su cepillo de dientes para quitarle el agua. Volvió secándose la cara con una toalla. El cambio que noté en su rostro en el momento en que advirtió lo del polvo lo presagiaba todo. La vi ponerse seria, pero enseguida reaccionó: «Oh, esas son materiales para el artista que voy a representar».

Me quitó la bolsita de la mano y dijo que iba a mostrarme cómo funcionaban. El polvo debía mezclarse con pintura, pero lo iba a probar en una crema porque pintura no había. Yo me reía a medida que Victoria iba untando mi cuerpo con el polvo mezclado con crema para manos. Mientras tanto me contaba que el artista libanés era un gran grafitero, que se llamaba Yazan, que hacía arte urbano y combinaba las cinco principales caligrafías árabes con geometría oriental, patrones y retratos. Y hasta dijo que los buenos murales son aquellos que se convierten en parte de la ciudad. Entonces apagó la luz del baño y me entregó unos anteojos

de visión nocturna. La situación se tornó surrealista. Mi cuerpo había empezado a brillar. Victoria estaba sonriente. «*Glow in the dark paint*», dijo, y me empujó sobre la cama.

Me había convertido en una especie de extraterrestre: desnuda y fosforescente, con un tinte amarillo verdoso. Reímos. Nos excitamos. Mis oídos empezaron a zumbar, como si estuviera nadando bajo el agua a demasiada profundidad, hacia un territorio desconocido al que yo, por la razón que fuere, no le temía. Ya no sabía ni dónde nos encontrábamos. «La adrenalina de la guerra hace el sexo mejor que nunca», dijo Victoria. Cuánta razón tenía.

En un momento sonó su aparatito y salió a hablar al balcón. Estaba quedándome dormida cuando ella volvió a acostarse y mencionó a un tal Francis por primera vez. En esa situación inoportuna recibí, con una ridícula punzada de dolor, la noticia de que iba a casarse en diciembre. Me lo contó sin emoción, como si fuera una historia que le había ocurrido a otra persona; y no sé por qué pero tuve la certeza de que era una forma de anticiparme que, a pesar de la noche tan íntima que habíamos pasado, no pensaba dejarme ningún dato para quedar en contacto. Con un último atisbo de conciencia pensé: no importa, soy orgullosa y jamás te lo hubiera pedido. Asumí que desde entonces Victoria sería para mí simplemente el recuerdo de ese loco torbellino de adrenalina y deseo en medio del abismo.

Por la mañana salté de la cama al oír en el teléfono la voz de Joaquín. Me había conseguido lugar en un ferry, pero debía apurarme. Cuando vino a buscarme se cruzó un segundo con Victoria y se miraron de un modo que no me gustó. Pero ese detalle lo olvidé enseguida,

porque apenas puse el pie en el caótico barco se me vino toda la realidad encima. Estábamos siendo parte de una de las mayores evacuaciones en masa desde la Segunda Guerra. Y me invadió la sensación monstruosa de abandonar a un moribundo que no se quejaba, como si la ciudad que dejaba a mis espaldas estuviera sembrada de naufragos que ni siquiera tendían los brazos hacia nosotros, los privilegiados extranjeros cuyas vidas merecían ser salvadas. Dejábamos a todos esos libaneses abandonados a su suerte como apestados y sonreíamos aliviados. Ellos lo tomaban como algo natural. Me costó mucho recuperarme de aquel viaje.

Una semana después, al llegar a Buenos Aires, le envié un mail a Joaquín para agradecerle sus gestiones. «¿Y tú para quién trabajas?», me respondió. Debajo de esa incomprensible pregunta me copiaba dos links. El primero me llevaba a una nota del diario *Al Liwaa*, que no pude leer porque estaba en árabe. Pero había tres fotos, dos hombres y una mujer: Victoria.

El segundo enlace me condujo a una nota de Joaquín en su blog: Una «personalidad de alto nivel en los servicios secretos israelíes» había ventilado información sobre «una red que se extendía sobre el territorio libanés, compuesta por numerosos agentes israelíes en Beirut y en el sur del Líbano, y activa desde hace muchos años». Según la nota, los miembros de esa red «tenían acceso a aparatos de comunicación de última generación que permitían identificar blancos situados en la periferia sur de Beirut, marcarlos y guiar a los cazabombarderos hacia esos blancos». Y lo peor: un agente había confesado haber marcado varios edificios en Beirut con un polvo fosforescente para que la aviación israelí los localizara y destruyera con precisión.

A veces el sonido del viento me recuerda a los aviones. Todavía hoy algunas noches tengo pesadillas con tormentas de fuego. A veces el recuerdo de los besos de Victoria me produce lo mismo que sentí al ver el cadáver de la niña. Tarde en la noche, cuando pienso en ella, preguntándome cuál podría ser su verdadero nombre, veo aquel delicado lunar en su cuello, como si me concentrara en un signo de puntuación en una frase ilegible.